

ENSAYO
SOBRE
LA INDIFERENCIA
EN MATERIA DE RELIGION.

PARTE PRIMERA.

REFUTACION DE LOS DIFERENTES SISTEMAS DE
INDIFERENCIA.

CAPITULO PRIMERO.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA INDIFERENCIA RELIGIOSA.
EXPOSICION DE TRES SISTEMAS, A QUE SE REDUCE
LA INDIFERENCIA DOGMATICA.

El espíritu humano tiene sus épocas de sabiduría y de vahido, de grandeza y decadencia, lo mismo que la sociedad; y la sociedad misma no cede á estas revoluciones, sino en cuanto ellas son naturales al espíritu humano, de cuyos

destinos participa sin variedad alguna. Esta verdad, que, uniendo la moral á la legislación, establece las teorías políticas sobre una base fija, no se habia ocultado al talento penetrante de Pascal. Nadie ha conocido mejor que él la fuerza y poder de la opinion, que él mismo llama *la reina del mundo*, y se concebirá, que no dice nada de mas, internándose un poco en su pensamiento, y si se entiende por opinion las doctrinas dominantes. Su imperio sobre los hombres ya es absoluto; aunque algunas veces no venga á ser aparente sino despues de largo tiempo; y esto es lo que hace que se engañen los observadores superficiales, incapaces de comprender, por un solo acto del entendimiento, un vasto conjunto de relaciones, y de liar á largas distancias lo presente y lo pasado. Se les presentan hechos, cuyas causas buscan demasiado cerca de los hechos mismos; espectadores de las tempestades que agita la sociedad, por el flujo y reflujo de los acontecimientos de que se compone su historia, explican cada ola por la otra, que la impele mas de cerca, en lugar de remontar, desde luego, al primer impulso que las mueve todas. Por

esto se atribuyó seriamente la Reforma del siglo diez y seis á la envidia de un fraile, y la revolucion francesa al *deficit* de algunos millones en hacienda.

Es necesario decirlo, porque nunca se sabrá bastante, las costumbres, la literatura, las constituciones, las leyes, la felicidad de los Estados, y sus desgracias, la civilizacion y la barbarie, y aquellas horribles crisis, que arrebatan á los pueblos, ó que los renuevan, segun lo mas y menos que les queda de vida; todo, todo procede de las doctrinas.

El hombre no obra, sino porque cree, y los hombres en masa obran siempre de conformidad con lo que creen; porque las pasiones de la multitud se determinan por sí mismas, segun las creencias. Si la creencia es pura y verdadera, la tendencia general de las acciones es recta, y en armonia con el orden: si ella es errónea, las acciones se depravan, porque el error vicia y la verdad perfecciona. Esto se conoció muy bien al principio del Cristianismo, cuando la religion de los sentidos, y la religion del espíritu subsistian á la par en la misma sociedad, los ojos podian

comparar á todo instante sus efectos, al tiempo mismo que la razon comparaba sus doctrinas.

Siguese de aquí lo primero, que, con respecto á la sociedad, no hay doctrina indiferente en religion, en moral, en politica: lo segundo, que la indiferencia considerada como un estado permanente del alma, es diametralmente opuesta á la naturaleza del hombre, y destructiva de su ser.

Decimos, que, cuanto á la sociedad, no hay doctrina indiferente; y es extraño que haya necesidad de probarlo en un siglo de luces, para que se persuadan los pueblos cristianos; siendo un principio tan evidente, como que de él habian formado los pueblos paganos una de las primeras máximas de su politica. Ellos conocian, que la estabilidad de los Estados dependia de la de las creencias. Véase, pues, como, sobre todo en la época de su mayor fuerza real, y de su gloria mas pura, se muestran mas celosos de la conservacion de sus doctrinas establecidas. Se sabe el juramento que hacian los jóvenes de Atenas en el Templo de Agraulo: « Juro pelear hasta el último suspiro por el interes de la Religion

« y de la patria; y permaneceré siempre unido á la fe de mis padres » . Caton no temía tanto la introduccion de la filosofia de los Griegos en su patria, sino porque preveía que, aprendiendo los Romanos á disputar sobre todo, acabarian por no creer nada. El suceso justificó plenamente sus temores. Desterrados muchas veces de Roma, triunfaron al fin los filósofos de la resistencia de las leyes, de la sabiduria del Senado, y aun de los destinos de la ciudad eterna. Algunos senadores, armados de dudas, hicieron lo que no pudieron hacer las fuerzas del mundo entero; vencieron con sus opiniones á esta república soberbia, que habia subyugado la tierra, y es un hecho digno de consideracion la mas seria, que todos los imperios, cuya historia nos es conocida, y que se hallaban apoyados con toda firmeza sobre el tiempo y la prudencia, han sido destruidos por los sofistas.

Los grandes cambios en el orden politico producen á la par los de las opiniones; y el secreto

¹ Habia en Atenas una ley, por la que se castigaba con severidad y sin remision una sola palabra proferida contra la Religion. *Joseph. contr. Appion.*

de remover los pueblos no es mas que el arte de persuadirlos. Cuanto mas viva es la tal persuasion, mas poderosa es la accion que resulta. Mahoma persuade á ciertos Arabes, que su espada debe someter el mundo al Coran; y en menos de un siglo, la media luna se enarbola desde la ribera del Eufrates hasta la del Ebro. Lutero y sus discipulos persuaden á una parte de la Europa, que la soberanía reside en el pueblo, y bien pronto la sangre de los reyes corrió sobre los cadalsos. La lógica de las naciones siempre rigurosa, viene á ser terrible por ser tal, cuando están imbuidos en algunas máximas falsas. Un individuo puede retroceder á vista de las consecuencias; la sociedad, jamás. Algo mas fuerte, que el horror de su destruccion le arrastra; y aun en el acto de perecer, obedece á la ley general, conservadora de los seres intelectivos, á esta razon inmutable, universal, que forma, para decirlo así, el cimiento de todos los talentos, y cuya rectitud inflexible aplicada al error ó á la verdad, nada es capaz de conmovér.

Hay, pues, necesariamente en toda doctrina,

ó verdad, ó error; con que toda doctrina influye ó para bien ó para mal en la sociedad; luego no existe para la sociedad doctrina indiferente, á menos, que no se sostenga, que el vicio y la virtud, el orden y el desorden son cosas indiferentes. Esto se ha defendido en efecto, y yo no veo nada que pruebe mejor la existencia de esta ley en cuestion, y que haga deducir consecuencias las mas extremadas; porque cuesta menos al orgullo el confesarlas, y algunas veces á la conciencia el practicarlas, que á la razon el negarlas.

En los siglos, llamados bárbaros, el Cristianismo habia afirmado y templado el poder, santificado la obediencia, establecido las verdaderas relaciones sociales, purificado las costumbres, y aun muchas veces suplido por las leyes. Él habia esparcido por toda Europa instituciones admirables, que llenando el vacío, siempre inmenso de las instituciones políticas, ligaban á la sociedad ó al Estado, por la dulce influencia de una caridad pródiga en beneficios, la clase de los innumerables infelices. Gracias al imperio que ejercia en sus ideas, y mas todavia en los

corazones, vino á ser el hombre por este medio un hombre, sagrado para el hombre mismo. Hubo sin duda pasiones, y de consiguiente crímenes; pero la Religión hizo resultasen de estos mismos nuevas virtudes, efectos del arrepentimiento. Sujetos á la regla invariable de los deberes, las acciones y los pensamientos caminaban á la par hácia el bien general; y este es el rasgo característico de aquella época. Era uno poderoso para el débil, rico para el pobre. En lugar de soñar un estado perfecto de cosas, se dejaba estar el órden existente, para que poco á poco fuese perfeccionándose por sí mismo, y cada uno en su esfera se aplicaba á remediar el mal que le daba en ojos. De allí procedían, además de las liberalidades del momento, tantos establecimientos durables, levantados en favor de la indigencia, y que se veían fundar en las ciudades y en los campos, y esto á cada paso; aun en los caminos públicos, como otros tantos arcos triunfales de la caridad. Nadie se contentaba entonces con dar un pedazo de pan á un infeliz, ni se pensaba haber cumplido los deberes de la caridad con esto solo; se sabia que un ser

sensible é inteligente *no vive de solo pan* y que las mas penosas angustias no son las angustias físicas. Una doctrina eminentemente espiritual y compasiva engendró una nueva especie de conmiseracion sublime, ocupada sin descanso en recoger las inteligencias abandonadas, en administrarles con medida un alimento saludable. No menos noble en sus resoluciones, que inagotable en recursos, la compasion no se extendia únicamente á las necesidades del cuerpo. Las almas enfermas, los corazones afligidos tuvieron tambien sus hospicios; y las creencias establecidas obrando á la vez sobre los gobiernos y sobre las naciones, formaron una sociedad gobernada por un poder infinito de amor. Es inútil observar, que, contrayendo la influencia de la Religión á los destinos del género humano en aquella época, yo considero únicamente sus efectos generales permanentes y uniformes en todos los paises; aunque sin embargo, ignoro en cuantas circunstancias la felicidad

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei. MATTH., IV. 4.

pública se ha perturbado, ya por las pasiones particulares, ya por las opiniones mas ó menos opuestas á las doctrinas recibidas; y bajo este concepto, la mayor parte de las calamidades, de que la historia de este período nos conserva recuerdo, comprueba particularmente lo que llevo dicho del poder absoluto de las creencias sobre la masa de los hombres; porque entre estas calamidades, todas las que pueden atribuirse al pueblo, ó á una parte de él, tuvieron por causa algun error religioso, ú político, en que la multitud estaba embebida.

Sin embargo, á pesar de los desórdenes parciales y de ligeras distracciones, la Europa se adelantaba á la perfeccion, donde el Cristianismo llama no solo á los pueblos, sino á los individuos, luégo que la Religion, viene de repente á detener los progresos, y á precipitarla en un abismo, donde ella misma se sume cada dia, y cuyo fondo no nos es dado conocer hasta el presente. ¿Cómo se obró esta revolucion? Por un cambio total que se hizo en las doctrinas. Al principio que era la autoridad, base necesaria de la fe religiosa y social, se substituyó el prin-

cipio del exámen, es decir, que se puso la razon humana en el sitio que ocupaba la razon divina, ó sea el hombre en el lugar de Dios. El hombre entonces se transformó en enemigo del hombre, porque, soberano de derecho en el orden político, así como en el religioso, cada uno pretendió el imperio de hecho, y quiso establecer el reinado de su propia razon, y poder particular: pretension absurda, pero consiguiente, y que debia conducir, sin poder menos, á la esclavitud política, y á la anarquía religiosa, que no es en realidad, mas que la esclavitud á todos los errores. Ella fué la causa de todas las guerras furiosas, que ensangrentaron la Alemania, la Boemia, la Francia, la Inglaterra, los Países-Bajos. El espíritu de independencia, ó el espíritu de dominacion, porque bajo diversos aspectos no es sino este último en el fondo, pasó de las opiniones á las costumbres. Habiéndose negado la autoridad, se sacudió el yugo de la obediencia, y cada nueva negacion condujo á una destruccion nueva. Negando el sacrificio, se negaba el culto, se le destruia; y negando el libre albedrio, la vida futura, se destruian los

deberes; y negando finalmente á Dios, se destruía todo, á saber: las leyes, la sociedad y al hombre mismo.

Después de una experiencia tan positiva, creo no se pensará dudar la extremada influencia sobre las doctrinas en la sociedad, ni suponer, que estas puedan serle indiferentes. Mas ya que no se quiera creer á la experiencia, por lo menos se deberá creer á la filosofía. ¿No se autorizaba ella antes, cuando trataba de propagar sus errores á que daba el nombre de verdades, en la inseparable, en la íntima relación que hay entre las creencias y las acciones, entre la felicidad ó la desgracia del género humano y las opiniones regnantes? Ella no ha cesado por espacio de cincuenta años de repetirnos esta máxima; y las pruebas con que recientemente ha tenido á bien apoyarla, han dado de ello la demostración evidente, aun para los mas ciegos.

Bastaría saber, que no hay doctrina alguna indiferente con relación á la sociedad, para deducir que la indiferencia es opuesta á la naturaleza del hombre, que es por esencia social. Sin insistir, desde luego, en esta conse-

cuencia, cuya legitimidad acaso no será universalmente conocida, tratemos de llegar á esta verdad por otro camino.

La indiferencia absoluta puede definirse así :
 « La extincion de todo amor y de todo odio en
 » el corazon, á causa de la carencia de juicio, y
 » de toda creencia en el entendimiento. » Ahora juzgar, creer, amar, aborrecer son actos inherentes á la naturaleza de los seres inteligentes. Este es su esencial modo de existir; y despojarles de ello, seria reducirlos á la nada. Quitando el deseo ó el amor, se destruirá la voluntad; quitando la conviccion, ó la fe (y yo entiendo por fe la tranquilidad del entendimiento sobre una verdad real, ó tenida por tal) se destruye el entendimiento; porque ser inteligente consiste en juzgar, pronunciar sobre que hay bien ó mal, verdad ó error en los objetos ó en las ideas que se presentan al mismo entendimiento para que los considere. Puede muy bien engañarse nuestra razon, como que es finita, ó limitada, es decir imperfecta, y porque mil causas extrañas pueden concurrir á perturbarla: juzga ella mal; porque no ve mas que parte de lo que

seria necesario viese, para juzgar con rectitud; ó si ve todo lo que necesita, solo es por entre nubes que lo confunden; pero, á pesar de todo esto, sea que vea poco, sea que vea el todo, pero confusamente, nunca queda en estado de indiferencia; porque ella juzga efectiva y necesariamente, ó de lo que percibe, ó de lo que cree percibir.

Es verdad, que, cuando libres de toda preocupacion, reconocemos que no estamos bastante instruidos en una materia, tenemos facultad de suspender el juicio; pero esta misma suspension es un juicio de otra especie; pues es una declaracion de una verdad claramente percibida, cual es, que se ignora voluntaria ó involuntariamente. En este caso viene á ser la indiferencia no solo posible, mas inevitable, porque ¿ cómo amar ó aborrecer lo que no se conoce? Mas entretanto, no es esa tal indiferencia sino relativa y parcial; y dista mucho de la indiferencia absoluta, que es la destruccion del entendimiento; aquella es el efecto afflictivo, ya por su capacidad naturalmente limitada, ya por los límites que le prescribe una

voluntad debil ó corrompida; y en este caso la indiferencia, bajo ese último concepto, entra otra vez en el dominio de la moral; porque ya que depende de nosotros el saber ó conocer, puede venir á ser un crimen, y un crimen grande, el quedar en la indiferencia.

Por lo demas la indiferencia, cualquiera que sea, jamás ha sido útil, sino para humillar, pues que siempre es un resultado del defecto de luces, ó de la imperfeccion del entendimiento. ¿ Qué gloria podria sacar una criatura racional de una ignorancia que la degrada? Supóngase, que esta ignorancia va sin cesar en aumento, la indiferencia crecerá en proporcion, y se llegará al mismo tiempo á la indiferencia completa, que al idiotismo absoluto.

Para que fuese indiferente el hombre en lo que él conoce, debería tener en sí mismo algo de indiferente; « ahora, pues, yo no temo « afirmar », dice uno de nuestros mas profundos escritores « que no hay nada en este « género, nada de indiferente, ni en la natura- « leza, ni en las leyes, ni en las costumbres, ni « en las ciencias, ni en las artes, ni con mucha

« mas causa en la Religion.... En todo hay verdadero y falso , bien y mal , órden y desórden :
 « bien y mal moral , bien y mal filosófico , bien
 « y mal politico , bien y mal literario , oratorio ,
 « poético , etc. , etc. Bien y mal en las leyes,
 « como en las artes ; en las costumbres , como
 « en los modales ; en los procederés , como en
 « las opiniones ; en la especulativa , como en la
 « práctica ».

Así tambien el hombre no es indiferente en realidad ; sino acerca de lo que ignora ó sobre lo que no existe con respecto á él ; está en relacion de amor ó de odio con todos los objetos de sus pensamientos , y se toma algunas veces mas interes por sus juicios , que por su vida misma *. De aquí nace el deseo innato de hacer prevalecer nuestras opiniones , aun en las cosas mas frivolas ; de aquí el encanto tanto mas vivo que causa el estudio , cuanto mas se cultiva y propaga el entendimiento ; de aquí las con-

* Sobre la tolerancia de las opiniones , por Bonald , *Spectateur français au dix-neuvième siècle* , tome 4 , pag. 69. 71.

* Toda opinion puede preferirse á la vida , que se ama tan fuerte como naturalmente. PASCAL.

troversias en todo género , sobre fisica , moral , teologia y gramática ; de aquí las sectas y las academias , las discordias públicas y los espectáculos , las pasiones que estremecen las sociedades , y las virtudes que las conservan ; de aquí , en fin , el espíritu de proselitismo tan ridiculamente atribuido á los cristianos , y que se observa por todas partes , donde se halla la persuasion , sea cual fuere ; en las conversaciones como en los púlpitos ; en la politica , como en las letras ; en las ciencias como en las costumbres ; en la filosofia como en la Religion ; con esta sola diferencia , que en la Religion es mas durable y mas noble ; porque incluye en sí mas verdades , y verdades mas importantes.

Háblese al campesino , ocupado en labrar la tierra , de las leyes de la atraccion , que la mantienen en su órbita ; tales discursos , incomprendibles para él , le dejarán indiferente acerca de las leyes de que se le habla , y que él ignora. Es muy necesario é interesante , que estas leyes no sean indiferentes , porque de ellas pende el órden del universo ; pero no serán indiferentes para un astrónomo , que demuestra su existencia ; que

por medio de ellas calcula los fenómenos celestes, y que no se cansa de contemplar en ellos la regularidad, y su fecundidad maravillosa.

Con que viene á estrecharse el dominio de la indiferencia, segun que la inteligencia se desenvuelve. Dios no es indiferente acerca de cosa alguna; porque él lo conoce todo; la materia es indiferente acerca de todo, porque ella no conoce nada. El hombre, puesto entre dos extremos, está mas ó menos indiferente, segun lo mas ó menos que él conoce ó ignora, es decir: segun que él se acerca á los seres puramente materiales, segun que se acerca al sumo Ser inteligente: de donde nace que el materialismo conduce al indiferentismo práctico, y de allí al embrutecimiento; en tanto que la Religion, elevando el hombre á Dios, familiarizándole con sus mas altos pensamientos, y las doctrinas mas espirituales, perfecciona hasta lo infinito su inteligencia* y no le permite ser indiferente sobre nada de lo que le interesa esencialmente.

* Es claro que se trata únicamente de la verdadera Religion. Las otras no son mas que *opiniones* que por lo mismo que son falsas son perniciosas.

Aquí es donde se necesita traer á la memoria nuestra primitiva degradacion, y el combate perpetuo de los sentidos contra el espíritu, que es su verdadero efecto; para comprender como la Religion, en razon de la perfeccion que exige de nosotros, y de su misma perfeccion; viene á ser para muchos un objeto de odio, y despues, de indiferencia. Como en ella todo es una verdad rigorosa, no hay nada indiferente á sus ojos, ni cuanto al dogma, las costumbres, ó el culto. Ella no puede dejar al hombre en libertad de creer y de obrar á su voluntad, le obliga á someter su razon á la fe, sus inclinaciones á sus deberes, aun su cuerpo á las prácticas que ella le impone. Sujetando así la Religion al hombre entero, ella fatiga y desespera sus pasiones. Estas, nunca sumisas, aun cuando prestan obediencia, trabajan sin cesar por sacudir un yugo que llevan impacientes y murmurando. El orgullo, *padre de la mentira*, y eterno enemigo de la autoridad, sugiere al espíritu un tropel de sofismas, tanto mas seductores, cuanto que halagan los deseos ocultos del corazon. Muy cerca se está de dejar de reconocer como verdadero, lo mismo,